

Maria Luisa Agati, Zachariae Calliergis (1470 ca-1524) Erotemata. Editio Princeps con un'Introduzione sulla vita e attività dell'Autore, Leuven-Paris-Bristol, CT, Peeters (Orientalia Lovaniensia Analecta 321. Bibliothèque de Byzantion 32), 2024. 298 págs. ISBN 9789042948143

Teresa Martínez Manzano

Universidad Complutense de Madrid ✉

<https://www.doi.org/10.5209/cfcg.107189>

La emigración masiva de griegos a Italia con motivo de la toma de Constantinopla y la consiguiente desaparición del Imperio Bizantino no puede definirse solo como una audaz aventura humana o como un fenómeno histórico en el que se repite una pauta habitual en la historia de las civilizaciones, la del exilio tras la pérdida de la patria. Tratándose del factor decisivo que ha permitido el conocimiento y la conservación del legado literario y científico escrito en lengua griega en un ámbito geográfico que le era ajeno, el de la Europa heredera del Imperio Romano de Occidente, podemos definirlo como un hito cultural sin precedentes. El fenómeno, que se conoce habitualmente como *translatio studiorum*, se extendió en el tiempo durante varias décadas, antes, durante y después de 1453, y fue posible gracias a la abnegada dedicación de muchos (o quizás no tantos) hombres de nación griega empeñados en preservar y difundir en suelo occidental el *corpus* de la literatura escrita en la lengua de Homero del que se consideraban, y eran *de facto*, única salvaguarda. La ruta era siempre la misma: desde Constantinopla o el despotado de Morea, últimos bastiones del Imperio Bizantino, se daba el salto a las islas griegas bajo dominio veneciano, principalmente Creta y Corfú, y de ahí a la península italiana. Allí desplegaron su actividad la mayoría de esos emigrados bizantinos cultos, arropados por los humanistas, por la clase política italiana y por la Iglesia de Roma, aunque algunos se arriesgaron a ir más allá de los confines italianos, hasta Francia, España o las Islas Británicas.

El fenómeno de la emigración bizantina se extendió largo tiempo después de la caída de Bizancio alcanzando hasta la primera mitad del siglo XVI. Los principales protagonistas de ese desplazamiento con consecuencias culturales decisivas para la historia de Europa los conocemos desde hace tiempo, y cada día mejor, gracias al estudio de los manuscritos griegos que trajeron a Occidente en su equipaje. Entre ellos se cuenta Zacarías Calierges, un personaje muy conocido para cualquiera que esté familiarizado con la paleografía griega, con los manuscritos griegos de época renacentista y con los inicios de la imprenta griega. Porque Calierges es uno de los grandes calígrafos del Renacimiento, porque a su pluma se atribuye un gran número de códices preservados en las principales bibliotecas de conservación y, finalmente, porque a su iniciativa se debe la creación de una imprenta que, primero en Venecia y después en Roma, publicó un número significativo de obras griegas, que en el nuevo formato impreso de caracteres móviles alcanzaban a muchos más lectores que a través de los solos manuscritos.

Pues bien, en este contexto caracterizado por un conocimiento bastante ajustado de la vida y la obra de Calierges, el libro de Maria Luisa Agati resulta especialmente novedoso porque nos presenta iluminado un ángulo de la figura de este bizantino que hasta ahora había quedado en la sombra, el de gramático. Y es que Calierges pasó los últimos años de su vida en Roma al frente del Colegio Griego creado bajos los auspicios de Janos Láscaris y con el patrocinio del papa Medici

León X, y desde esa posición de maestro juzgó necesaria la redacción de diversos materiales gramaticales que acabarían tomando la forma de unos *Erotemata*, un manual de gramática que — bajo la vestimenta retórica de sucesivas preguntas y respuestas y siguiendo la estela de los que habían compuesto Manuel Crisoloras, primero, y Constantino Láscaris, Teodoro Gaza y Demetrio Calcóndilas, después — sirviese a sus alumnos como eficaz herramienta de estudio. Así pues, el objetivo principal del libro de Agati es la edición crítica de esos *Erotemata* en su versión *maior* (págs. 155-228), que se nos ha conservado en dos testimonios manuscritos no autógrafos de Calierges, el ms 43.D.31 de la Biblioteca Corsiniana e dell'Accademia dei Lincei y el ms. 1361 de la Biblioteca del Monasterio de Santa Catalina del Sinai.

La edición de los *Erotemata* viene precedida de dos capítulos que contextualizan y ayudan a comprender la redacción de semejante texto. El primero — “L'autore e la sua opera” (págs. 17-97) — presenta un cuadro de conjunto y actualizado de la biografía de Calierges, en cuya reconstrucción — en ausencia de documentos archivísticos — son puntos de apoyo obligados las fechas de sus distintas ediciones y de las pocas suscripciones de sus manuscritos autógrafos. Agati pasa revista en primer lugar al nacimiento de Calierges en Creta, a su traslado a Venecia y a la fundación en la *Serenissima* de su primera imprenta griega en consorcio con Nicolás Vlastos, así como a la producción impresa de ese primer período veneciano (1499-1500) y de un segundo período en Venecia igualmente breve y ya sin Vlastos (1509), entre los que medió una estancia en Padua entre 1501 y 1509. La autora repasa después la etapa romana de Calierges, que se extendió desde 1514 hasta 1524 y que está asociada, como decíamos, a su actividad didáctica en el Colegio Griego. En este primer capítulo, en el que se utiliza un amplísimo material documental y bibliográfico, dos elementos se antojan de especial relevancia para la investigación actual: en primer lugar, el examen de la relación, personal y profesional, de Calierges con Aldo Manuzio, que implica también una reflexión sobre la posición de la imprenta del cretense en un mercado dominado por la producción de ediciones aldinas; y, en segundo lugar, la conclusión de que Calierges fue el diseñador de los caracteres de sus ediciones, que están inspirados en su propia escritura, extremo que el lector puede corroborar examinando las tablas relegadas a los apéndices con las letras individuales y ligaduras de los autógrafos de Calierges y de sus ediciones. Con todos los datos reunidos por la autora en esta parte del libro se dibuja una figura de la tardía intelectualidad bizantina ciertamente poliédrica, ya que en ella fungen a la vez el copista, el filólogo, el editor, el impresor y el diseñador.

El segundo capítulo que antecede a la edición de los *Erotemata* — “La grammatica di Callierge” (págs. 99-151) — examina el conjunto de la producción gramatical del cretense, que la propia Agati ha sacado pacientemente a la luz en los últimos años a través de diversas publicaciones. Así, sabemos de la existencia de una versión *minor* o *parva* de su gramática, es decir, epitomática o más breve, transmitida en el Oxon. Barocci 72, y de otra compilación gramatical de Calierges que se conserva, inacabada, en su autógrafo Vat. Ottob. gr. 173, un manuscrito enormemente llamativo en virtud del repertorio escrito a mano por el propio Calierges de variantes de letras, abreviaturas, abreviaciones tipográficas, ligaduras y términos gramaticales que presenta. En este apartado la autora se adentra en la tradición gramatical griega y bizantina, representada principalmente por Manuel Moscópulo en el siglo XIV y después por los bizantinos de la diáspora que desempeñaron su actividad didáctica en Italia desde finales del siglo XIV y a lo largo de todo el siglo XV. Agati analiza aquí la deuda, mayor o menor, de los *Erotemata* de Calierges con todas esas gramáticas, sus semejanzas y sus diferencias. De esta sección del libro se desprende, en cualquier caso, que la obra gramatical del cretense tuvo una escasa circulación manuscrita y a este propósito merecería quizás una reflexión más detenida el hecho de que el ámbito de aplicación de sus *Erotemata*, en su versión larga o breve, y de sus otros opúsculos gramaticales era mucho más limitado que el de las gramáticas de los otros maestros bizantinos, puesto que Calierges no parece haber concebido su gramática como una herramienta de aprendizaje para los humanistas occidentales, sino para los adolescentes griegos — casi niños en verdad — que ingresaban en el Colegio Griego de Roma.

No nos queda sino congratularnos con la aparición de este libro que, sobre ser fruto de un imponente trabajo de análisis y recopilación de datos, es obra de una gran estudiosa, especialista en paleografía griega y gran conocedora de la problemática en torno a los códices griegos y a la producción manuscrita del período del Renacimiento. La lectura de estos *Zachariae Calliergis*

(1470 ca-1524) *Erotemata* nos devuelve, sin duda, una imagen mucho más nítida de este bizantino, que a lo largo de su vida no cejó en el empeño de transmitir el legado escrito de una patria que sentía perdida para siempre. Seguramente no fue el más afamado, ni tampoco el más afortunado de los griegos exiliados, pero el esfuerzo que invirtió en la elaboración de esmeradas copias manuscritas y, sobre todo, su profesionalidad como filólogo, editor y diseñador de caracteres griegos han tenido como recompensa el que sus hermosas ediciones hayan pasado a la historia del libro en calidad de *principes* como monumentos de la tipografía griega.

